

fueron únicamente las que no volvieron á los parapetos de que se habían quitado, quedando una parte de las piezas en la plazuela de la Cruz, y el resto á la puerta de los almacenes de San Francisco.

Mientras llenos de fé y de resolucion, sin desmayar en sus esperanzas y resueltos á morir en defensa de sus principios se preparaban los generales, jefes, oficiales y soldados á sostener nuevos combates, no faltaron algunos, aunque muy pocos, que desmayando ánte los peligros y la crítica situacion que el corto ejército sitiado guardaba,

1867. tratasen de salvarse del naufragio que ellos
Mayo. juzgaban inevitable. El coronel Villasana, se ocultó desde la mañana del 27 de Abril (1); el coronel Ontiveros se pasó á los sitiadores la misma noche del 14 de Mayo, y algunos soldados llegaron á desertar desde los primeros días del expresado mes de Mayo, aunque su número fué sumamente corto.

Ya se ve que la defeccion de un sólo coronel y de algunos soldados despues de más de setenta y un días de sitio, cuando no había esperanza de socorro; cuando se carecía de víveres; cuando no existían en la plaza más que cinco mil hombres rendidos de fatiga, y cuando estaba cercada la ciudad por más de treinta mil republicanos, puede considerarse como insignificante.

Entre los individuos que desesperaron de salvarse de

(1) «Últimos sucesos del imperio;» opúsculo escrito por el coronel imperialista D. Ignacio de la Peza y el teniente coronel D. Agustín Pradillo.

la tormenta si permanecían poco más tiempo uniendo sus esfuerzos á los de aquellos que se habían propuesto resistirla hasta vencerla ó perecer en ella, había uno que recurrió á un medio que, proporcionando el triunfo á los que hasta entónces había combatido, no sólo le proporcionase salvarse del peligro y asegurar su vida, sinó alcanzar además una recompensa de parte de los sitiadores. El individuo que se propuso verse libre del peligro que juzgaba inminente, fué el coronel D. Miguel Lopez.

El medio era entregar la plaza, haciendo entrar á las tropas republicanas, de noche, por el importante punto de la Cruz que le estaba confiada á él.

D. Miguel Lopez se había conducido con valor ántes del sitio no ménos que durante éste; pero desde los primeros días del mes de Mayo en que la situacion de la plaza se hizo de las más penosas; desde que la escasez de víveres empezó á sentirse de una manera acentuada, y perdió la esperanza de todo auxilio, se propuso no hacer frente á una situacion que juzgó terminaria de una manera funesta para los sitiados, y, en consecuencia, entró en relaciones con las fuerzas liberales. Abrigaba además

1867. un resentimiento contra algunos de sus com-
Mayo. pañeros de armas, porque había llegado á saber que, habiendo dado órden el emperador de que se le expidiese el nombramiento de general de brigada con motivo de la festividad del aniversario de la aceptacion del trono el 10 de Abril, y que aún lo había firmado, varios generales y jefes se dirigieron al general D. Ramon Mendez, para que, en nombre de todos, suplicase al soberano se suspendiera la entrega de aquel nombramiento al

interesado. El motivo que por medio del expresado general Mendez expusieron para aquella suspension, fué decir que existía en la carrera militar de D. Miguel Lopez una mancha que databa de la época de la invasion de los norte-americanos en 1847, por la cual el general Don Antonio Lopez de Santa-Anna, cuando volvió á ser presidente de la república en 1853, dió la orden de que se borrara su nombre del cuadro del ejército, y decretó que para siempre quedase inhábil para ejercer cualquier empleo público en el país. El decreto á que se referian, y del cual se enviaron en la época en que se expidió, numerosos ejemplares á diferentes generales y jefes del ejército, decía así:

«S. A. S. el general Presidente se ha servido se expida licencia absoluta, separándolo del servicio, al porta del regimiento activo de caballería de Monterey de Nuevo Leon, Miguel Lopez, sin opcion de volver al servicio nunca, pues á esa creencia se ha hecho acreedor con su infame conducta en Tehuacan, en donde sublevó la tropa que escoltaba al Excmo. Sr. Presidente que mandaba en persona las fuerzas que operaban sobre las de los Estados-Unidos del Norte.

»Esta determinacion se hace saber á todos los individuos del ejército, para que se persuadan de que así como el Supremo Gobierno premia á los buenos servidores de la nacion que se distinguen por su patriotismo y lealtad, tambien castiga á los que son indignos de pertenecer á la gloriosa carrera de las armas.

»Lo digo á V. de orden suprema para su conocimiento y el de sus subordinados.

1867. «Méjico, 8 de Julio de 1854.—Señor...—
 Mayo. Firmado, Quijano.»

El emperador, en vista de la súplica elevada por sus generales, suspendió la entrega del nombramiento; pero abrigando siempre el mismo aprecio hácia el coronel Don Miguel Lopez; teniendo en él la mayor confianza, y esperando que terminado el sitio, se vindicaría del cargo que se le hacia, y tendría el gusto de entregarle su nombramiento de general de brigada.

D. Miguel Lopez había recibido notables pruebas de aprecio del emperador. Fué el primero que al llegar al país Maximiliano, escoltó á éste con su escuadron denominado *Guardia Imperial*, desde Loma-Alta, término entonces del ferro-carril de Veracruz, hasta Méjico. Era alto y corpulento, blanco, de pelo rubio, siendo de igual color el bigote y la perilla; tenía modales elegantes y caballerosos; vestía siempre su rico uniforme de coronel de Dragones de la Emperatriz, y se hallaba condecorado con varias ordenes mejicanas, á la vez que con la Cruz de oficial de la Legion de Honor. Era excelente jinete; montaba siempre arrogantes caballos de mucha alzada, y toda su apariencia causaba una impresion favorable hácia él.

Maximiliano le apreció desde el momento que le conoció, y le siguió distinguiendo siempre y favoreciendo.

D. Miguel Lopez, aunque resuelto á entregar la plaza á los sitiadores, recordaba las marcadas muestras de estimacion que había recibido del emperador, y procuraba alcanzar de los jefes republicanos la promesa de que se respetaría la vida de Maximiliano, dejándole volver á su

país. Como la respuesta á esta petición era que nada se podía prometer, y las circunstancias eran cada vez más terribles, D. Miguel Lopez convino en entregar la posición de la Cruz sin esa condición, esperando que no le faltaría medio para que pudiese huir el emperador. El convenio celebrado fué, pues, que Don Miguel Lopez pondría en posesión del punto de la Cruz, á los sitiadores; recibiendo por ello doce mil duros, y quedando garantizada su vida y su libertad.

1867. En virtud de este arreglo, se le enviaron
 Mayo. por un criado de una persona muy conocida en el comercio, varias libranzas que representaban aquella suma, incluídas dentro de una carta escrita por el general republicano D*...., persona sumamente apreciable y digna. Las libranzas eran pagaderas en Méjico, y estaban giradas por el coronel republicano D**...., individuo de excelente posición social y justamente apreciado en la alta sociedad de la capital á que pertenecía.

Entregada por el criado la carta en que iban las libranzas al coronel D. Miguel Lopez, y de vuelta ya de su comisión, el mismo general que la había escrito y enviado le dió al referido criado, en San Juan del Río, diez duros de gratificación por haber desempeñado fielmente el encargo.

Entre tanto, D. Miguel Lopez, para realizar la entrega del punto de la Cruz de una manera segura y sin que nadie se apercibiese de ello, buscó un medio sencillo que le condujese al logro de su deseo sin estrépito y sin la más leve alarma. En la noche del 10 de Mayo pidió permiso para que una fuerza de caballería que estaba á

las órdenes del teniente coronel D. Antonio Yablouski ocupase la línea de la Cruz, cerca del panteón, á fin de que se relevase algún tanto del servicio á la fatigada infantería. Encontrando justas las razones expuestas por D. Miguel Lopez que era, como queda dicho, el comandante de la Cruz, se le concedió inmediatamente lo que solicitaba D. Antonio Yablouski, extranjero al servicio del imperio, era muy amigo suyo y de todas sus confianzas (1). D. Miguel Lopez le había comunicado el proyecto por el cual podrían salvarse ambos, y aprobado el plan por Yablouski, el primero solicitó y alcanzó, como queda referido, que su fuerza de caballería, desmontada, relevase á la infantería con pretexto de que ésta descansase algo.

La principal dificultad estaba ya vencida para D. Miguel Lopez con el permiso alcanzado. En el jardín de la Cruz, entre el cementerio y el convento, se habían construído algunas plataformas guarnecidas de artillería. Estas plataformas tenían al frente á Pateo, punto importante del ejército sitiador, y sus troneras se
 1867. hallaban á corta distancia de las avanzadas
 Mayo. republicanas. D. Miguel Lopez mandó retirar de una de las plataformas, una fuerza de la Guardia Municipal de Méjico que la guarnecía, y colocó en su lugar la tropa irregular de exploradores de caballería que estaba á las

(1) Aunque el príncipe de Salm Salm, dice que Yablouski era mejicano, el general D. Adrian Magaña asienta lo contrario, asegurando que Yablouski era «extranjero y no mejicano.»

órdenes de su amigo D. Antonio Yablouski, ordenando al mismo tiempo al subteniente Domet, de la Guardia Municipal, que alejase su gente en direccion del cementerio, pues era suficiente la fuerza de exploradores desmontados de Yablouski, para defender la plataforma.

El subteniente Domet le indicó entonces que sería bueno subir á la expresada plataforma un obus, sin artilleros, que se hallaba allí provisionalmente bajo su custodia; pero D. Miguel Lopez le contestó que no era necesario, y se dejó donde estaba (1).

Una vez colocado en el sitio más importante de la plaza el hombre de sus confianzas que le ayudaba en su proyecto, y sabiendo el día 14 de Mayo que estaba dispuesto emprender la salida en la madrugada del 15, D. Miguel Lopez vió que para conseguir su objeto, era preciso poner en conocimiento de los sitiadores la resolucion tomada por el ejército imperialista, y facilitarles la entrada á la ciudad, ántes de que se efectuase el movimiento. Teniendo, pues, como tenía de su parte al teniente coronel D. Antonio Yablouski, D. Miguel Lopez salió de la Cruz sin que nadie advirtiese su salida, y se dirigió hácia el campo sitiador, cuando todavía no se había hecho saber que se suspendía la marcha hasta la noche del 15. Llegado al punto en que se hallaba el general en jefe republicano D. Mariano Escobedo, tuvo una conferencia

(1) D. Alberto Hans. «Memorias de un oficial del emperador Maximiliano.»

con éste en el alojamiento del coronel D. Julio M. Cervantes. En ella le hizo saber lo que pasaba; convino en la hora en que debían acercarse las fuerzas republicanas para introducirlas en la Cruz; y no pudiendo olvidar los favores recibidos del Emperador, solicitó nuevamente del general sitiador, que dejase salir de la ciudad á Maximiliano con el regimiento de la Emperatriz únicamente y algunas personas de su séquito, para que le acompañasen á Veracruz y se embarcase para su país. El general Don Mariano Escobedo, con respecto á este último punto, le respondió que no tenía facultades de su gobierno para conceder ningunas garantías, sinó obligarle á ^{1867.} ^{Mayo.} que se rindiera á discrecion ó á batirle. Don Miguel Lopez se conformó con aquella respuesta, y regresó poco ántes de las doce de la noche, á la Cruz, con el mismo sigilo, ofreciendo entregar la posicion á las fuerzas republicanas que debían ser conducidas con mucho silencio en la madrugada del 15; esto es, dentro de muy breves horas.

D. Miguel Lopez, para salvarse de los cargos que se le han hecho respecto de sus convenios con los sitiadores en entregar la plaza, pinta este hecho de una manera favorable á su intento; pero á pesar de eso salta al momento á la vista, con un ligero exámen que se haga, que su aserto no es admisible ni verosímil. Dice D. Miguel Lopez, que en la noche del 14 de Mayo, Maximiliano le preguntó «si tendría ánimo para salir de su línea á buscar al enemigo para tratar con él; y que con su respuesta afirmativa, le mandó que saliera con la más profunda reserva á solicitar se le concediera el permiso de salir con

el regimiento de la Emperatriz, y unas cuantas personas de su séquito.»

Mal podía el emperador solicitar la gracia de que se le dejase salir á él dejando abandonados á los que lealmente se hallaban luchando por su causa, cuando desde ántes de las cuatro de la tarde habia dispuesto romper el sitio con todo el ejército en la madrugada del 15. Solicitar el permiso de salir solo, despues de haber señalado á todas las tropas la hora de marcha, era lo mismo que citar á generales, jefes, oficiales y soldados á que le viesen abandonarles y cometer una accion no ménos indigna que vergonzosa. Si intencion hubiera tenido de enviar á Don Miguel Lopez con esa mision, lo habria hecho ántes de dar órden á sus generales para verificar la salida; y la disposicion para efectuar ésta, la habria reservado para el caso de recibir una negativa. Pero que no era Maximiliano capaz de solicitar para sí nada favorable, abandonando á los que á su lado combatian, lo dice, pocos renglones despues, el mismo D. Miguel Lopez en las siguientes palabras, pintando el carácter verdaderamente noble del soberano. «Si el fuego se hubiera empeñado de cualquier modo,» dice, «estoy seguro de que Maximiliano en vez de atender á su salida, por más que se lo hubiéramos suplicado, se habria presentado en el lugar del combate, porque era valiente por naturaleza; porque queria siempre participar de los peligros de sus subordinados; porque era demasiado noble para pensar en su salvacion cuando peligraba la de sus tropas.»

1867.

Mayo.

Por confesion propia del mismo D. Miguel Lopez se

ve, pues, que Maximiliano era incapaz de solicitar su salida del peligro, dejando entregados á él á sus soldados y generales. Con efecto; pruebas tenia dadas de su dignidad y valentia. Si hubiera querido salvarse de los horrores del sitio, no habria tenido que solicitar de los sitiadores, para sí solo, el permiso de que le dejaran salir de la plaza, pues pudo verificarlo cuando en la junta de guerra tenida el 11 de Abril, le propusieron sus generales que marchase con mil ginetes á la capital para hacer que Marquez regresase en auxilio de la plaza que, entre tanto, se defenderia valientemente. Maximiliano, léjos de admitir la proposicion, contestó con estas palabras dignas: «He visto con placer la proposicion de ustedes; *pero no saldré; porque si hay gloria en estar aqui, quiero tener una parte de ella; y si sucumbimos, deseo tambien participar de la desgracia.*»

Un corazon de ese temple; una alma que abriga los sentimientos elevados que expresan esas notables palabras que le enaltecerán siempre, no podía de ninguna manera dar un paso contrario á su dignidad. Si comisionado por el emperador hubiese ido, se habria vindicado de la acusacion que se le hacia, poniendo por testigo al soberano cuando éste aún vivía; pero guardar silencio entonces, y asentar esa especie despues de no existir aquél, no revela nada laudable en favor del que ha retardado su vindicacion. D. Miguel Lopez fué al campo sitiador para hacer saber lo que pasaba en la plaza y ponerse de acuerdo en la manera de entrar en el punto de la Cruz que estaba bajo su custodia. La súplica al general republicano Don Mariano Escobedo, respecto á Maximiliano, fué nacida